

Ana Paula Maia
ASÍ EN LA TIERRA COMO
DEBAJO DE LA TIERRA

Traducción de Cristian De Nápoli



ETÉRNA CALIBREJA
EDITORIA

Ana Paula Maia

ASÍ EN LA TIERRA COMO DEBAJO DE LA TIERRA

Una colonia penal en vías de desactivación, emplazada en un terreno con un pasado de asesinatos y tortura de esclavos, construida para ser un modelo de detención, se convierte en campo de exterminio. Melquíades, director y autoridad máxima del lugar, caza a los reclusos como si fueran animales solo por satisfacción personal. La cárcel pronto se transforma en una arena donde los presos, cada uno con su propia historia de violencia –todos han sido condenados por crímenes graves–, no hacen más que planear la propia fuga, sin saber si van a acabar muertos por los guardias o por lo que los espera del lado de afuera de la colonia.

Con una escritura dura como la cotidianidad de sus personajes y su estilo franco, potente y despiadado, Ana Paula Maia revela la humanidad allí donde solo parece haber brutalidad y crueldad, desplegando una vez más, como ya lo hizo en *De ganados y de hombres* con el mundo de los mataderos y los aturdidores, esa maestría para retratar el submundo de las sociedades contemporáneas.

Ana Paula Maia

ASÍ EN LA TIERRA
COMO DEBAJO DE LA TIERRA

Traducción de Cristian De Nápoli



ÍNDICE

[Cubierta](#)

[Sobre este libro](#)

[Portada](#)

[Dedicatoria](#)

[Epígrafe](#)

[1](#)

[2](#)

[3](#)

[4](#)

[5](#)

[6](#)

[7](#)

[8](#)

[9](#)

[10](#)

[11](#)

[12](#)

[Sobre la autora](#)

[Página de legales](#)

[Créditos](#)

[Otros títulos de esta colección](#)

A mis padres

Al final todos somos libres,
porque al final estamos todos muertos.

BRONCO GIL

1

Poco quedó, ya sea contando hombres o animales. Todavía hay azadas y guadañas tiradas al borde de las plantaciones resacas por la falta de lluvias. Un arroyito angosto y apesoso surtía de agua, pero el caudal que hoy tiene no es el mismo, visiblemente más menguado día tras día, chupado por el calor intenso que lo evapora y deja el aire húmedo y pesado. Sigue habiendo actividad en el gallinero y se escucha algún que otro gruñido en el chiquero, lo que asegura que en los próximos días no faltará la carne en la olla; a la larga, la escasez preocupa. Todos esperan una orden, un camión despachado para buscarlos y llevarlos a otra parte, pero la angustia crece desde que se cortó la comunicación con el otro lado del muro. Las líneas telefónicas llevan días sin tono, y la última noticia que les llegó es que un oficial iba a presentarse para hacer una inspección final del predio y conducirlos a nuevo destino. Según los cálculos, el oficial lleva un atraso de por lo menos siete días, y eso acrecienta vertiginosamente la sensación de angustia. Lo único que pueden hacer es esperar.

Valdenio espanta con su sombrero de paja a las moscas que revolotean sobre los restos del perro seco. Con las costillas al aire, el animal hace días que está tirado ahí, sirviendo de alimento. Una enfermedad lo mató, una úlcera en la panza que fue expandiéndose y pudriéndolo gradualmente. Los últimos tiempos miraba con tristeza y algo de asombro cómo su cuerpo iba quedando escuálido, mientras se daba lengüetazos en la herida. Al principio era chica y como una verruga bronceada. Poco a poco, el perro se fue poniendo más tranquilo y perdió esa impaciencia que tenía

por las sobras de la cocina. Valdenio le preparaba un revuelto hasta que el animal dejó de alimentarse; de tan flaco, su dentadura fragilizada ya no podía triturar. Para la herida el viejo le hacía un ungüento mezclando pólvora y algunas plantas, pero no alcanzó. Un día dejó de rondar, y hubo que buscarlo. Para morir, se había tirado al pie de un árbol de poco follaje. Valdenio ahora se agacha, levanta del suelo una azada y cava un pozo poco profundo donde coloca al animal esquelético, y lo tapa con tierra.

De lejos alguien grita su nombre y le hace señas. El viejo, de cuclillas, termina de clavar en el suelo colorado una pequeña cruz hecha con dos ramas. Se levanta y camina arrastrando el pie izquierdo, apoyándose en un bastón de madera.

–Sí, señor –responde Valdenio.

–Melquíades quiere hablarte –dice Taborda.

Valdenio encara hacia el despacho de Melquíades cuando Taborda le saca el tema del perro.

–Ya lo estoy extrañando a ese bicho –comenta Taborda.

–Estamos todos en la misma, señor.

–Nunca pensé que me iba a encariñar con un perro tan bandido.

Valdenio guarda silencio, atento al semblante doloroso del agente penitenciario. Espera a que este alce la vista y le dé permiso para ir a la oficina de Melquíades, director y autoridad máxima dentro de la unidad.

–Uno se pone así de tanto estar en un lugar como este. Al final uno termina apegándose a cualquier cosa.

Llega el momento en que Taborda alza la vista y ahí sí Valdenio, ayudándose con el bastón, se pone en marcha a paso lento hacia la oficina del director, localizada en el pabellón central.

Encuentra a Melquíades sentado a su mesa, las mangas de la camisa alzadas y el botón del cuello suelto. Cruzado de brazos y de piernas, pareciera estar esperando vaya a saberse qué cosa.

–Señor.

–¿Qué hay de almuerzo, Valdenio?

–Gallina, señor.

–¿Otra vez?

–Es que es lo que hay y...

–¿Y el lechoncito? –lo interrumpe Melquíades.

–El lechoncito...

–Podríamos cocinarlo.

–Sí, señor, pero es que Pablo ya mató a la gallina y la desplumó.

–Yo en realidad estaba pensando que podemos dejar el lechón para cuando llegue el oficial de justicia. Porque va a haber que recibirlo con un almuerzo.

–Como usted mande.

Melquíades se levanta de un salto y choca las palmas de las manos en un único aplauso. En los últimos días su entusiasmo fue poniéndose cada vez más extraño, y en la colonia tiene a todos preocupados por su modo de actuar. De cara a Valdenio con su mirada temblorosa, lo agarra de los hombros y le dice:

–No tengo dudas, Valdenio, que vas a hacer el mejor lechón a la parrilla de todo este maldito lugar.

–Voy a esforzarme, señor.

–¿Y de aguardiente cómo estamos? ¿Queda algo?

–Bronco Gil todavía tiene dos botellas.

–Excelente. Vamos a prepararle un banquete al oficial.

Suelta los hombros de Valdenio con la misma intensidad con la que los había agarrado, haciendo que el otro tambalee y busque la ayuda del bastón para recuperar el equilibrio.

–Se me ocurre que también sería bueno que haya un poco de música. Pablo sigue con la armónica, ¿no?

–Usted se la confiscó.

–¿Se la confisqué? ¿En serio?

Melquíades frunce el ceño y se pregunta dónde puso la armónica de Pablo.

—¿Y por casualidad usted sabe dónde la puse?

—La tiró del otro lado del muro.

—¿La tiré? —se frota la palma de la mano contra el pecho, sorprendido—. ¿Cuándo pasó eso?

—La semana pasada.

Melquíades vuelve a plantarse delante de Valdenio, tras avanzar con paso lento y taimado, como si fuera a robarle los pensamientos.

—¿Y usted se acuerda por qué le confiscé la armónica a Pablo?

Valdenio baja la vista hasta clavarla en su pierna mala. No sabe si decir la verdad o hacer como que se olvidó del episodio.

—Si usted se la confiscó, habrá tenido sus razones.

—Muy buena respuesta, muy bien. Evidentemente debo haber tenido mis motivos. Igual, me gustaría saber si usted está de acuerdo con mis motivos.

Valdenio sigue sin animarse a alzar la vista.

—Señor, discúlpeme, pero yo nomás trabajo en la cocina, de leyes no entiendo nada.

—No es un tema de leyes, es un tema de justicia. Yo le di una orden a Pablo y él la desacató. Cuando hay desacato tiene que haber castigo, ¿no le parece?

—Sí, señor —es la respuesta de Valdenio entre dientes y con un nudo en la garganta.

Melquíades, de frente al otro, tensa los ojos y crisca los músculos de la cara, en un esfuerzo por investigar minuciosamente a Valdenio sin tocarlo, escudriñándolo apenas.

—Siempre digo que usted es el mejor cocinero que tuvimos acá. ¿Quedan papas todavía?

—Sí, señor.

—No se olvide que me gustan bien crocantes.

Melquíades da media vuelta y se acomoda en su escritorio. Abre un cajón, saca una pila de hojas y las esparce prolijamente sobre la mesa en una distribución que para él tiene su lógica, pero que a Valdenio le resulta extravagante.

—¿Qué hace ahí, recluso?

Valdenio abre la boca sutilmente con la intención de hablar, pero apenas emite un balbuceo. Su mirada trémula se desplaza sin punto fijo hasta que encuentra un pedazo de suelo y ahí se estanca, tras lo cual los pies dan un leve paso atrás.

—¿Qué hay hoy para almorzar?

—Gallina.

—¿Otra vez? ¡Van a terminar saliéndome plumas! ¿Y el lechoncito?

—Usted había dicho que lo guardáramos para cuando venga el oficial.

—Pero claro, Valdenio. Es una muy buena idea. Hagamos eso, entonces. ¿Y ahora qué?

—¿Cómo dice, señor?

—¿Y ahora qué está esperando acá?

—Nada, señor. Ya me estaba yendo a la cocina. Con permiso.

Valdenio arrastra la pierna mala como si la tuviera atada a una bola de hierro. Su modo de caminar recuerda el lastre del presidiario que, aun viviendo con relativa libertad, nunca se olvida de su condición. Lleva una tobillera electrónica en la pierna derecha. El aparato es liviano y mínimamente incómodo, pero es un recordatorio constante de que si a Valdenio llegara a ocurrírsele traspasar el muro de la colonia su pierna explotaría en pedazos. Es imposible quitársela, solo pueden hacerlo los agentes que lo monitorean. Es peor que una bola de hierro, es una bomba electrónica capaz de amputarle el pie.

Valdenio ya está viejo para un lugar así. Tiene sesenta y cinco años. Lleva viviendo la mitad de su vida en cárceles, detrás de rejas o deambulando por colonias penales como esta, y haciendo cualquier trabajo que haya que hacer. Tendría que estar libre, pero la Justicia lo retiene en este lugar. Ahora bien, a Valdenio no le gustaría encontrarse nunca con la libertad en vida, porque del otro lado ya no hay na-

die esperándolo. El mundo cambió, él también cambió, pero en otra frecuencia. Se volvió más viejo, más lleno de achaques y no tanto más astuto o despierto. El mundo recrudeció. Que lo larguen al otro lado sería como encerrarlo en un nuevo confinamiento de autoconservación y resistencia al que ya no podría habituarse. Los primeros años preso fueron difíciles, solo de a poco empezó a entender cómo funciona el sistema. Terminó golpeado decenas de veces, con la cabeza magullada, la mandíbula torcida o una pierna o un brazo rotos. Hasta que un día, después de que lo tiraran del techo de uno de los pabellones, la pierna le quedó inútil. En todos esos entreveros no siempre pudo entender la razón de que le pegaran a él, menos que menos en el último, cuando lo dejaron tirado pensando que iba a morir, pero sobrevivió.

Hoy, curtido en el infierno, su cuerpo espera el fin de los días. Ya no cuestiona nada. Obedece. Cumple las órdenes. Baja la vista y se retira. Sigue recibiendo golpes, a veces con y a veces sin motivo. Dejó un poco de sangre en todos los lugares por donde anduvo. Podría seguirse su rastro. Intriga que haya sobrevivido tanto tiempo. Muy pocos llegan a la tercera edad en prisión.

Valdenio sale del edificio central rumbo al pabellón oeste, donde están la cocina y el alojamiento de los reclusos. Taborda sigue sentado en el mismo lugar, a la sombra de un almendro indio, y desde ahí ve cómo lentamente se acerca Bronco Gil, el arco y la flecha colgados de un hombro, la soga apoyada en el otro y, en el suelo, detrás del indio, un cuerpo oscuro y pesado prendido a la soga. Bronco Gil se mueve despacio, desgastado, después de una noche larga como la que tuvo arrastra las botas de cuero sobre la tierra roja y polvorienta. Tiene una herida en el brazo derecho. La sangre en la piel se secó. Frunce el ceño y estira los labios, dejando que los dientes se le vean. El cielo está sin nubes, no hay más que un sol despiadado que maltrata a cualquier cosa debajo de él.

Taborda vuelve a alzar la vista cuando ya se hace posible escuchar los pasos de Bronco Gil. Descruzándose de brazos, se lleva la mano a la gorra y acompaña ese gesto con un resoplido.

–Esta vez te pasaste, indio.

–La porquería me hizo trabajar toda la noche.

–¿Y ahora a dónde vas?

–A refregárselo en la cara a su jefe –responde Bronco Gil, sin detenerse ni cambiar el paso rumbo al pabellón central.

Arroja el cuerpo del jabalí muerto en el piso del despacho de Melquíades, que enseguida deja a un lado la escopeta que estaba puliendo. Mira a Bronco Gil y mira al animal con su penetrante olor a carne muerta. Bronco Gil enciende un cigarrillo. Lo había guardado para degustarlo cuando la tarea estuviese completa. Se mantiene en silencio mirando a Melquíades, mientras este vuelve a la limpieza del arma. Detrás de él, por la puerta abierta del armario asoman rifles y pistolas en cantidad importante, de un par de decenas.

–Me acuerdo de la primera vez que mi papá me llevó a cazar –dice Melquíades–. Usé una de estas –agrega mirando el armario con emoción–. Llegué a tomarle el gusto a la caza, hasta que una onza casi me destripa. Desde esa vez pasé un montón de tiempo sin querer cazar animales.

Melquíades se levanta y guarda la escopeta en el armario. Desliza las manos con suavidad por algunas de las piezas del arsenal meticulosamente ordenado. Saca una carabina antes de cerrar la puerta y ponerle candado.

–Esta es mi preferida. Es linda, ¿no?

Bronco Gil avala con un mínimo movimiento de cabeza. Melquíades manipula el arma de modo tal que el caño queda apuntando directamente al otro, que aun así no se inmuta ni esboza el menor sentimiento. Con el arma en esa posición, Melquíades se pone a calibrar la mira.

–Si tengo que decir la verdad, nunca me gustó usar la mira. Prefiero mirar con el ojo desnudo. Indio, desde acá te

podría reventar el ojo bueno –dice y desplaza milimétricamente la dirección del caño–. O la oreja.

Bronco Gil le da una nueva pitada a su cigarrillo, como si no le afectara la actitud de Melquíades, que se coloca el arma al hombro y pasa al otro lado de la mesa. Endereza el cuerpo, se limpia con una mano la cabeza lisa y transpirada y, tras dar unos pasos, se topa con el jabalí a sus pies. Reclina el cuerpo sobre el animal y le revisa los dientes. Roza el pelaje áspero y negro que le pincha los dedos.

–¿Te diste cuenta de que los jabalíes cuando mueren parecen felices? –mira a Bronco Gil con cierto aire inquisidor y retoma la contemplación del animal–. Es un ejemplar muy interesante. Me gustaría colgar esa cabezota que tiene en una de estas paredes. Un ejemplar muy fornido –añade con la cara casi pegada al hocico del jabalí, para coronar su comentario dándose a sí mismo un cachetazo en la pierna, extasiado–. Es impresionante. Se mueren con una sonrisa. A ver, indio, explicame: ¿cómo atrapaste a esta criatura?

–¿Ve esa flecha donde empieza el lomo?

–¿Así? ¿De un flechazo nomás?

–Es que ese es el punto que los voltea. Es el punto justo para matar un jabalí.

–Estaba pensando lo que sería si tuvieras los dos ojos, indio. Qué cosa, ¿no? Sería terrible. Dios sabe lo que hace, siempre.

–Ahora, lo que arreglamos.

–¿De qué estás hablando?

–Yo le prometí que lo atrapaba.

–Estos animales son el demonio de la selva. Devastan todo.

–Es un chanco un poco más grande, nada más. Un demonio no cae de un flechazo.

–Eso es verdad. Este termina a la parrilla. Pero quiero la cabeza acá en la pared, no te olvides. Ahí la quiero –dice y señala un blanco en la pared detrás de la mesa–. Al lado voy a poner la otra, la del jabalí que cacé hace unos meses

–Melquíades se lleva la mano al mentón y se queda mirando la pared engalanada con una foto del presidente de la República en un cuadro.

–Ahora, señor, nuestro trato.

–¿De qué me estás hablando, Bronco? Nombre más raro el tuyo. Bronco –vuelve a pronunciarlo como si lo escupiera.

–Yo le traía el animal y usted...

–Sí, ya sé, ya sé... Voy a cumplir con mi parte. Desde hoy pueden usar la sala de juegos y poner música, hasta les dejo que los visite una mujer, aunque... no sé qué loca va a venir a verlos acá, en medio de la nada y encima sin teléfono... Igual, ojo –remarca con un dedo en alto–. Va a haber reglas y va a haber horarios.

Bronco Gil esboza una leve sonrisa.

–Me retiro nomás, voy a faenar el jabalí y lo guardo en el freezer.

–Dale la cabeza a Taborda para que la vaya disecando. Y de paso preguntale de mi parte cómo va con la otra, la que le di hace más de dos meses. Otra cosa –añade Melquíades señalando el arco y las flechas que el otro lleva al hombro–. Eso se queda acá.

Bronco Gil deja el arco y las flechas en el suelo de la oficina, junto a la puerta. Pide permiso, se calza al hombro la soga y sale del pabellón central arrastrando al jabalí detrás de él. Lo ve a Taborda en el mismo lugar, sentado a la sombra del almendro. Deja el animal en el suelo, saca un machete y empieza a desmembrarlo. Primero corta la cabeza y se la alcanza a Taborda.

–Melquíades dice que la prepares para colgarla.

–¿Sigue estando el serrucho?

–Sí, lo tiene él. Y además quiere saber cuándo va a estar lista la otra.

–Ah, sí. Me falta ponerle los ojos nomás. En este culo del mundo no sé de dónde voy a sacar un buen par de ojos.